



RETIRO ESPIRITUAL MES DE LA FAMILIA

Predicado por: Monseñor Pedro Ossandón Buljevic
Obispo Castrense de Chile



“EL AMOR FAMILIAR: VOCACIÓN Y CAMINO DE SANTIDAD”
“*Tú multiplicaste la alegría, acrecentaste el gozo*” Is 9, 2

Fecha: sábado 22 de octubre 2022

Lugar: Parroquia San Ramón, Providencia

Hora: De 10:00 a 12:45 horas

Introducción y desarrollo

Carta Encíclica Fratelli Tutti

Las pandemias y otros flagelos de la historia

32. Es verdad que una tragedia global como la pandemia de Covid-19 despertó durante un tiempo la consciencia de ser una comunidad mundial que navega en una misma barca, donde el mal de uno perjudica a todos. Recordamos que nadie se salva solo, que únicamente es posible salvarse juntos. Por eso dije que «la tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. [...] Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa bendita pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos».

Exhortación apostólica Evangelii gaudium

Capítulo Tercero

El Anuncio del Evangelio

110. Después de tomar en cuenta algunos desafíos de la realidad actual, quiero recordar ahora la tarea que nos apremia en cualquier época y lugar, porque «no puede haber auténtica evangelización sin la proclamación explícita de que Jesús es el Señor», y sin que exista un «primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización». Recogiendo las inquietudes de los Obispos asiáticos, Juan Pablo II expresó que, si la Iglesia «debe cumplir su destino providencial, la evangelización, como predicación alegre, paciente y progresiva de la muerte y resurrección salvífica de Jesucristo, debe ser vuestra prioridad absoluta». Esto vale para todos.

I. Todo el Pueblo de Dios anuncia el Evangelio

111. La evangelización es tarea de la Iglesia. Pero este sujeto de la evangelización es más que una institución orgánica y jerárquica, porque es ante todo un pueblo que peregrina hacia Dios. Es ciertamente un misterio que hunde sus raíces en la Trinidad, pero tiene su concreción histórica en un pueblo peregrino y evangelizador, lo cual siempre trasciende toda necesaria expresión

institucional. Propongo detenernos un poco en esta forma de entender la Iglesia, que tiene su fundamento último en la libre y gratuita iniciativa de Dios.

Un pueblo para todos

112. La salvación que Dios nos ofrece es obra de su misericordia. No hay acciones humanas, por más buenas que sean, que nos hagan merecer un don tan grande. Dios, por pura gracia, nos atrae para unirnos a sí. Él envía su Espíritu a nuestros corazones para hacernos sus hijos, para transformarnos y para volvernos capaces de responder con nuestra vida a ese amor. La Iglesia es enviada por Jesucristo como sacramento de la salvación ofrecida por Dios. Ella, a través de sus acciones evangelizadoras, colabora como instrumento de la gracia divina que actúa incesantemente más allá de toda posible supervisión. Bien lo expresaba Benedicto XVI al abrir las reflexiones del Sínodo: «Es importante saber que la primera palabra, la iniciativa verdadera, la actividad verdadera viene de Dios y sólo si entramos en esta iniciativa divina, sólo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también ser —con Él y en Él— evangelizadores». El principio de la primacía de la gracia debe ser un faro que alumbre permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización.

113. Esta salvación, que realiza Dios y anuncia gozosamente la Iglesia, es para todos, y Dios ha gestado un camino para unirse a cada uno de los seres humanos de todos los tiempos. Ha elegido convocarlos como pueblo y no como seres aislados. Nadie se salva solo, esto es, ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas. Dios nos atrae teniendo en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que supone la vida en una comunidad humana. Este pueblo que Dios se ha elegido y convocado es la Iglesia. Jesús no dice a los Apóstoles que formen un grupo exclusivo, un grupo de élite. Jesús dice: «Id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos» (Mt 28,19). San Pablo afirma que en el Pueblo de Dios, en la Iglesia, «no hay ni judío ni griego [...] porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Ga 3,28). Me gustaría decir a aquellos que se sienten lejos de Dios y de la Iglesia, a los que son temerosos o a los indiferentes: ¡El Señor también te llama a ser parte de su pueblo y lo hace con gran respeto y amor!

114. Ser Iglesia es ser Pueblo de Dios, de acuerdo con el gran proyecto de amor del Padre. Esto implica ser el fermento de Dios en medio de la humanidad. Quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios en este mundo nuestro, que a menudo se pierde, necesitado de tener respuestas que alienten, que den esperanza, que den nuevo vigor en el camino. La Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio.

Todos somos discípulos misioneros

119. En todos los bautizados, desde el primero hasta el último, actúa la fuerza santificadora del Espíritu que impulsa a evangelizar. El Pueblo de Dios es santo por esta unción que lo hace infalible «in credendo». Esto significa que cuando cree no se equivoca, aunque no encuentre palabras para explicar su fe. El Espíritu lo guía en la verdad y lo conduce a la salvación. Como parte de su misterio de amor hacia la humanidad, Dios dota a la totalidad de los fieles de un instinto de la fe —el *sensus fidei*— que los ayuda a discernir lo que viene realmente de Dios. La presencia del Espíritu otorga a los cristianos una cierta con naturalidad con las realidades divinas y una sabiduría que los permite captarlas intuitivamente, aunque no tengan el instrumental adecuado para expresarlas con precisión.

120. En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros». Si no nos convencemos, miremos a los primeros discípulos, quienes inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús, salían a proclamarlo gozosos: «¡Hemos encontrado al Mesías!» (Jn 1,41). La samaritana, apenas salió de su diálogo con Jesús, se convirtió en misionera, y muchos samaritanos creyeron en Jesús «por la palabra de la mujer» (Jn 4,39). También san Pablo, a partir de su encuentro con Jesucristo, «enseguida se puso a predicar que Jesús era el Hijo de Dios» (Hch 9,20). ¿A qué esperamos nosotros?

121. Por supuesto que todos estamos llamados a crecer como evangelizadores. Procuramos al mismo tiempo una mejor formación, una profundización de nuestro amor y un testimonio más claro del Evangelio. En ese sentido, todos tenemos que dejar que los demás nos evangelicen constantemente; pero eso no significa que debemos postergar la misión evangelizadora, sino que encontremos el modo de comunicar a Jesús que corresponda a la situación en que nos hallemos. En cualquier caso, todos somos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da un sentido a nuestra vida. Tu corazón sabe que no es lo mismo la vida sin Él; entonces eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a los otros. Nuestra imperfección no debe ser una excusa; al contrario, la misión es un estímulo constante para no quedarse en la mediocridad y para seguir creciendo. El testimonio de fe que todo cristiano está llamado a ofrecer implica decir como san Pablo: «No es que lo tenga ya conseguido o que ya sea perfecto, sino que continúo mi carrera [...] y me lanzo a lo que está por delante» (Flp 3,12-13).

Persona a persona

127. Hoy que la Iglesia quiere vivir una profunda renovación misionera, hay una forma de predicación que nos compete a todos como tarea cotidiana. Se trata de llevar el Evangelio a las personas que cada uno trata, tanto a los más cercanos como a los desconocidos. Es la predicación informal que se puede realizar en medio de una conversación y también es la que realiza un misionero cuando visita un hogar. Ser discípulo es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino.

128. En esta predicación, siempre respetuosa y amable, el primer momento es un diálogo personal, donde la otra persona se expresa y comparte sus alegrías, sus esperanzas, las inquietudes por sus seres queridos y tantas cosas que llenan el corazón. Sólo después de esta conversación es posible presentarle la Palabra, sea con la lectura de algún versículo o de un modo narrativo, pero siempre

recordando el anuncio fundamental: el amor personal de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y su amistad. Es el anuncio que se comparte con una actitud humilde y testimonial de quien siempre sabe aprender, con la conciencia de que ese mensaje es tan rico y tan profundo que siempre nos supera. A veces se expresa de manera más directa, otras veces a través de un testimonio personal, de un relato, de un gesto o de la forma que el mismo Espíritu Santo pueda suscitar en una circunstancia concreta. Si parece prudente y se dan las condiciones, es bueno que este encuentro fraterno y misionero termine con una breve oración que se conecte con las inquietudes que la persona ha manifestado. Así, percibirá mejor que ha sido escuchada e interpretada, que su situación queda en la presencia de Dios, y reconocerá que la Palabra de Dios realmente le habla a su propia existencia.

129. No hay que pensar que el anuncio evangélico deba transmitirse siempre con determinadas fórmulas aprendidas, o con palabras precisas que expresen un contenido absolutamente invariable. Se transmite de formas tan diversas que sería imposible describirlas o catalogarlas, donde el Pueblo de Dios, con sus innumerables gestos y signos, es sujeto colectivo. Por consiguiente, si el Evangelio se ha encarnado en una cultura, ya no se comunica sólo a través del anuncio persona a persona. Esto debe hacernos pensar que, en aquellos países donde el cristianismo es minoría, además de alentar a cada bautizado a anunciar el Evangelio, las Iglesias particulares deben fomentar activamente formas, al menos incipientes, de inculturación. Lo que debe procurarse, en definitiva, es que la predicación del Evangelio, expresada con categorías propias de la cultura donde es anunciado, provoque una nueva síntesis con esa cultura. Aunque estos procesos son siempre lentos, a veces el miedo nos paraliza demasiado. Si dejamos que las dudas y temores sofoquen toda audacia, es posible que, en lugar de ser creativos, simplemente nos quedemos cómodos y no provoquemos avance alguno y, en ese caso, no seremos partícipes de procesos históricos con nuestra cooperación, sino simplemente espectadores de un estancamiento infecundo de la Iglesia.

Orientaciones Pastorales, Iglesia que Escucha, Evangeliza y Sirve (Obispado Castrense de Chile 2017-2022).

3.1 El gozo de creer en el Resucitado

46 Lo que cambió radicalmente la perspectiva de los discípulos de Jesús fue la resurrección del Señor. Ellos son del todo distintos luego de “verlo” resucitado, de “escucharlo” y “recibir el encargo” de anunciarlo. El discípulo pre-pascual termina de forjarse como seguidor del Señor luego de la contemplación del Resucitado, del envío y del don del Espíritu. Nosotros también queremos que el encuentro reiterado con el Resucitado y la apertura de la vida al don del Espíritu marque decididamente nuestro estilo de ser discípulos misioneros.

47 Nuestro anhelo no es seguir a cualquier “señor”, sino a Aquel que ya resucitado lleva consigo las señales de su inmolación en la cruz: « Entonces vi en medio un Cordero de pie, como degollado, que estaba entre el trono, los cuatro vivientes y los ancianos » (Ap 5,6.12). por esto sabemos que a la alegría pascual se accede por el dolor y la cruz, y que parte integrante del discipulado son los conflictos y el desprecio por causa de su Nombre y del anuncio de su Palabra (Mc 4,17;13,13).

3.2 “Se alegró con toda su familia de creer en Dios”

49 La familia es el fundamento de la sociedad. Nos alegra la importancia que tienen los núcleos familiares para los que pertenecen a las Fuerzas Armadas y Carabineros. Pero al mismo tiempo y por las situaciones particulares que les corresponde vivir debido a su profesión somos conscientes de las dificultades que tiene la vida conyugal, en la unión familiar y la educación de los hijos. No son pocas las familias que pasan por crisis entre militares y carabineros.

50 Frente a esta situación, queremos ser una iglesia castrense con rostro y gestos de misericordia. Antes de condenar (AL, nº 293-295), nos comprometemos a dialogar y discernir para acompañar la fragilidad conyugal y familiar, buscando el ideal del matrimonio en cuanto misterio y signo de la unión de Cristo con su Iglesia (Ef 5,31-32). Sin embargo, no queremos olvidar que la evangelización de la familia tiene también que preocuparse por afianzar los matrimonios bien constituidos, pues « más importante que una pastoral de los fracasos es el esfuerzo pastoral para consolidar los matrimonios y así prevenir las rupturas » (AL, nº 307).

Orientaciones para la evangelización de familias de Militares y Policías, Cap. III, Espiritualidad Matrimonial y Familiar (CELAM, Doc. N°200-2019).

3. Espiritualidad Matrimonial

69. La espiritualidad propia de los cónyuges brota del sacramento del matrimonio que simboliza la alianza de Dios con los hombres y que expresa y vive la unión íntima y por siempre de Cristo con su Iglesia (Ef 5, 25-32). El mismo amor que Cristo y la Iglesia están llamados a donarse y con la misma libertad es al que están invitados en exclusividad, fidelidad y fecundidad el hombre y la mujer casados. Su vocación, por tanto, es a vivir en « alianza » tal como Dios y su pueblo Israel. Esta alianza se significa con las argollas que, bendecidas, se donan en amor y fidelidad el uno al otro el día de su boda.

70. Si bien es cierto que la «alianza» entre pueblos en el *Antiguo Testamento* es un compromiso jurídico, por parte de Dios es un don irrevocable de amor que lo lleva a elegir a Israel como su «pueblo» y por compromiso de alianza, le pide buscar su voluntad, confesarlo como su único Señor y confiar en Él, venciendo la idolatría a dioses como a los imperios del momento. Por la gravedad de la infidelidad de Israel, la sangre de Jesucristo «derramada a favor de ustedes» la que sella una Alianza nueva e inquebrantable y que se pone a disposición nuestra en la Eucaristía. (Lc 22,20; 1 Cor 11,25).

71 La espiritualidad matrimonial es sobre todo «espiritualidad de alianza», es decir, la que hace posible el don de sí mismo al conyugue como signo de la asociación o desposorio de Dios con su pueblo (Antiguo Testamento) y de Cristo con la Iglesia (Nuevo Testamento), nunca para condenarla, sino para salvarla, no para juzgarla, sino para «misericordiarla» (ver EG, nº 37). Esta espiritualidad se nutre del Espíritu de Dios y prepara el propio espíritu para a renuncia de sí mismo, el dialogo, la comprensión, el perdón, la entrega mutua y la generación y educación de los hijos en la fe. El amor sponsal sin reciprocidad está condenado a morir. Para vivir recíprocamente el don de sí hay que integrar el discernimiento y la conversión. El primero busca el querer de Dios para los conyugues en los momentos determinados que les toca vivir. El segundo es expresión del compromiso sincero de hacer lo que Dios quiere. El primero es contemplación; el segundo es

acción transformadora. Ambos miran a lo mismo: darse para realizarse, lo que demanda «el valor de la reciprocidad, del encuentro entre diferentes, donde cada uno aporta su propia identidad y sabe también recibir del otro» (AL, n°172).

72. El sacramento del matrimonio produce recíproca pertenencia de los esposos al modo como Cristo vive en recíproca pertenencia con su Iglesia. Y como Cristo se entregó a su Iglesia para santificarla, el sacramento del matrimonio pone a los conyugues en el horizonte de la santidad de la vida común. Éste llamado a la santidad no es nuevo. Ya se había generado en el sacramento del bautismo. Pero ahora y por la recíproca pertenencia de los conyugues, la novedad del llamado es ser signo de lo que uno puede hacer por el otro para vivir el don de la santidad y de lo que ambos están llamados a ofrecer a sus «familias», la sanguínea, la de fe (Iglesia) y la sociedad (cívica).

4. Espiritualidad Familiar

74. Dadas las condiciones especiales de vida de militares y policías y el ambiente socio-cultural en que viven las familias, la espiritualidad familiar debe alimentar no solo las mediaciones de encuentro con Cristo, sino también las mediaciones de encuentro paterno, materno y fraterno entre sus miembros. Por eso, también es parte de la espiritualidad familiar inculcar la ternura y la misericordia; la capacidad de empatía; el deseo y la habilidad para comunicarse; el gusto por contar con el otro y trabajar juntos; la disposición y la inteligencia social para resolver divergencias y conflictos; la creación de espacios privados de acogida y resiliencia; la manifestación de lenguajes afectivos y espirituales del amor. Es decir, la espiritualidad familiar y según sus características y desarrollo personal, aquellas habilidades socio-emocionales que permitan una vida familiar como comunidad de vida, de bienestar y de servicio a otros.

75. A partir de la convivencia humana auténtica, de la Palabra de Dios como la entiende y la interpreta la Iglesia (Hch 8,30-31) y de los sacramentos, sobre todo la Eucaristía, la pastoral como la espiritualidad tienen que procurar que la vida familiar es donde se aprende a «ser-en-relación» con Dios, los demás y las cosas, es decir, a ser «persona». En la familia es donde se educa el varón y la mujer para que domine y de sentido a sus impulsos básicos, incorporándolos a un proyecto personal y familiar. Porque la familia es «escuela de humanidad», de personas que existen para otros con capacidad de amar, la educación de valores humanos, sociales y espirituales, y la formación de la conciencia moral, la libertad, la responsabilidad y la vida en comunidad se convierten en propósitos fundamentales del aporte paterno a sus hijos. Más aun cuando es frecuente la distancia geográfica de los hijos debido a la destinación de uno de los padres y a las largas horas de servicio en cada institución armada, restando tiempo de permanencia de alguno de los padres en los hogares. La familia tiene que ser educadora de existencias abiertas y compartidas, que hacen la vida con otros y en favor de los otros.

76. La espiritualidad familiar alimenta una Iglesia con «familias en salida», testimonios de su condición de «iglesias domésticas», fermento de santidad en la sociedad. Cuando se suscita la sorpresa de encontrar familias que tienen a Cristo por centro de sus vidas se inicia el testimonio de que es Jesús quien les impulsa a formarse como personas y discípulos que viven como don divino su vida familiar.

Exhortación apostólica Amoris Laetitia

La familia y la Iglesia

86. «Con íntimo gozo y profunda consolación, la Iglesia mira a las familias que permanecen fieles a las enseñanzas del Evangelio, agradeciéndoles el testimonio que dan y alentándolas. Gracias a ellas, en efecto, se hace creíble la belleza del matrimonio indisoluble y fiel para siempre. En la familia, “que se podría llamar iglesia doméstica” (*Lumen gentium*, 11), madura la primera experiencia eclesial de la comunión entre personas, en la que se refleja, por gracia, el misterio de la Santa Trinidad. “Aquí se aprende la paciencia y el gozo del trabajo, el amor fraterno, el perdón generoso, incluso reiterado, y sobre todo el culto divino por medio de la oración y la ofrenda de la propia vida” (Catecismo de la Iglesia Católica, 1657)».

87. La Iglesia es familia de familias, constantemente enriquecida por la vida de todas las iglesias domésticas. Por lo tanto, «en virtud del sacramento del matrimonio cada familia se convierte, a todos los efectos, en un bien para la Iglesia. En esta perspectiva, ciertamente también será un don valioso, para el hoy de la Iglesia, considerar la reciprocidad entre familia e Iglesia: la Iglesia es un bien para la familia, la familia es un bien para la Iglesia. Custodiar este don sacramental del Señor corresponde no sólo a la familia individualmente sino a toda la comunidad cristiana».

88. El amor vivido en las familias es una fuerza constante para la vida de la Iglesia. «El fin unitivo del matrimonio es una llamada constante a acrecentar y profundizar este amor. En su unión de amor los esposos experimentan la belleza de la paternidad y la maternidad; comparten proyectos y fatigas, deseos y aficiones; aprenden a cuidarse el uno al otro y a perdonarse mutuamente. En este amor celebran sus momentos felices y se apoyan en los episodios difíciles de su historia de vida [...] La belleza del don recíproco y gratuito, la alegría por la vida que nace y el cuidado amoroso de todos sus miembros, desde los pequeños a los ancianos, son sólo algunos de los frutos que hacen única e insustituible la respuesta a la vocación de la familia», tanto para la Iglesia como para la sociedad entera.

“Y que el mismo Dios de la paz los santifique totalmente, y que todo su ser
-espíritu – alma y cuerpo- permanezca irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”
1 Tes 5, 23